

Tercer Domingo de Cuaresma A2026

El tercer domingo de Cuaresma está marcado por el encuentro entre nuestro Señor y la samaritana. Sin embargo, todo encuentro requiere que se rompan las barreras que separan a la gente y se erradiquen los prejuicios arraigados. Por eso, mientras la samaritana afirmaba no tener relación con los judíos, nuestro Señor la invitó a trascender esa barrera y a recibir el don de la vida que él le traía.

Solo cuando rompemos las barreras que hemos erigido y destruimos los prejuicios que tenemos unos hacia otros, podemos conocernos bien. Solo cuando superamos honestamente nuestras diferencias, podemos descubrir al otro en su profundidad, descubrir nuestra propia pobreza y cómo el otro puede enriquecernos. Al destruir las barreras y los prejuicios entre nosotros, la gente puede aprender de los demás lo que desconoce por sí misma.

Al aceptar dialogar con nuestro Señor, la samaritana descubrió lo que había buscado durante muchos años a través de diferentes esposos: la paz del corazón. Nuestro Señor, en efecto, pudo darle gratuitamente, y sin condiciones, la tranquilidad de corazón que nunca encontró al cambiar de marido a lo largo de los años.

¡Claro que esa mujer sabía bien lo que significaba la decepción amorosa! Aún esperaba encontrar al hombre ideal que pudiera satisfacer sus necesidades más profundas. Y ahora se enfrentaba a un hombre que no era uno más, sino un profeta, el Mesías. Por eso, su encuentro con nuestro Señor fue una oportunidad para sanar sus fantasmas y encontrar paz.

De hecho, nuestro Señor no la humilló porque viviera en pecado. Aunque conocía todo sobre su vida, no la condenó. Solo quería que sanara y se reconciliara con Dios. Esto es también lo que nuestro Señor desea para cada uno de nosotros en este tiempo de Cuaresma: sanar de nuestra enfermedad espiritual. Él no nos condena ni nos juzga. Nos da la oportunidad de reconciliarnos con su Padre, sean que sean nuestros pecados. El problema siempre es si estamos abiertos o no a esta gracia de sanación, si la aceptamos o la rechazamos.

Nuestro Señor da agua viva que se convierte en un manantial que brota para vida eterna a quienes lo acogen y aceptan su enseñanza. Busca verdaderos adoradores de su Padre, quienes adoran a Dios en Espíritu y en verdad. ¿Cómo podemos adorar a Dios si no afrontamos la verdad sobre nosotros mismos? Sin embargo, sea que sea la verdad de nuestra vida, sea que sea nuestro pasado, no hay razón para avergonzarse. Nadie está excluido ante nuestro Señor. Él nos ama y quiere nuestra salvación.

El encuentro con nuestro Señor puede incluso cambiar el rumbo de nuestra vida. Esto fue lo que le sucedió a la samaritana en su viaje: al final, se convirtió en la mensajera de Jesús en el pueblo. Dado que este es el momento de adorar al Padre en espíritu y en verdad, el culto externo a Dios ya no basta. Por supuesto, la salvación viene de los judíos, pero ahora es el momento de la adoración interior que trasciende todas estas divisiones, donde debemos convertirnos en templos de adoración a Dios.

Nuestro Señor se sienta junto a nuestros pozos, esperándonos cuando venimos a sacar agua. Él nos espera en los lugares donde somos más vulnerables y débiles. Él comprende nuestra sed, pero quiere saciarla con su amor sanador. Allí, incluso un fracaso matrimonial puede convertirse en una oportunidad para experimentar la misericordia, la generosidad y la paz de Dios.

La samaritana simboliza el lado oscuro de nuestras vidas, todos los secretos que guardamos en lo más profundo de nuestro corazón, todo el pasado del que nos avergonzamos, que nadie conoce excepto Dios. Todas estas situaciones problemáticas que no queremos que la gente conozca, nuestro Señor puede sanarlas y devolvernos la libertad de hijos de Dios. El agua viva que nuestro Señor promete significa sobre todo la palabra de revelación que nos abre al amor del Padre.

La fuente de agua que calma nuestra sed es el Espíritu Santo que nos fue dado en el bautismo, como dijo San Pablo en la segunda lectura. Dios se nos revela cuando tenemos sed de él. A quien más desea, más se le dará, para que cada uno reciba según su deseo. Solo Dios puede satisfacer nuestros deseos. El Espíritu Santo calma nuestra sed renovando en nosotros la sed de Dios. Él calma y aviva nuestra sed de Dios una y otra vez.

En este tiempo de Cuaresma, anhelemos el agua viva que Jesús nos da. Llevémosle todos nuestros deseos para que los satisfaga. Anhelemos la vida eterna que solo Jesús nos da. Que Dios nos bendiga a cada uno de nosotros mientras preparamos nuestros corazones para celebrar la muerte y la resurrección de nuestro Señor. Amén.

Éxodos 17: 3-7; Romanos 5: 1-2, 5-8; Juan 4: 5-42



Fecha de la Homilía: el 08 de Marzo, 2026

© 2026 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20260308homilia.pdf